



LA HOJUA de PARRANDA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

EMILIO CARRERE
La hora del diablo.

UN PEQUEÑO REPORTER
De la semana picaresca.

VÍCTOR DOMÍNGUEZ
Confesiones de una novia.

W. LORENZO CERNUDA
Flor marchita.

FIACRO IRÁYZOZ
Un rasgo de ingenio.

JACINTO CARMÍN
... Y por accidente.

F. JIMÉNEZ ROJA
Epigrama.

CLEMENTE DE CASTRO
Los ahorros de Niceto Pérez.

TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO
Caricaturas varias y retrato de
Mary Blanca.



MARY BLANCA

Blanca y bonita, la más bonita de las cupletistas
«aparecidas» este año.

5 cénts.



LAS "VITRIOLERAS,"

Se van poniendo las cosas
para los hombres de un modo
tal, que—de seguir al mismo
paso—la vida es un soplo.



Antaño, quien más, quien menos,
se las daba de Tenorio
sepultando á sus «Ineses»
en el mar del abandono.



Era el hombre tornadizo,
versátil y veleidoso,
y el olvidar los ajenos
halagaba su amor propio.



Los seductores hacían
espejuelos de sus ojos,
y las incautas alondras
bebían su luz á chorros.



Cazadores de fortuna,
veían en ellas sólo
su instrumento de placeres
«sicalípticos» ó eróticos.



Satisfacían con ellas
el ansia de sus antojos,
y una vez hartos el deseo
las dejaban presurosos.



Y la codorniz sencilla
quedaba en el abandono,
lamentando su infortunio
con lágrimas y sollozos.



Y el burlador se reía
de sus pesares y enojos,
y—mariposa tornátil—
volaba de un pecho á otro.



Más tarde han aparecido
«las mujeres del vitriolo»,

y no hay oficio que tenga
más quiebras que el de Tenorio.



Perjurios que antes tenían
desenlaces tragicómicos,
concluyen hogaño en dramas
espeluznantes y «hórridos».



Y cuantos tengáis el feo
vicio de leer periódicos,
veréis en ellos horribles
tragedias un día y otro.



Recordad el triste caso
—que han referido hace poco—
de una criada de servicio
y un horterilla tenorio.



Ella se rindió al mancebo ;
y él—voluble y veleidoso—
tras de lograr sus favores,
la sumió en el abandono.



Pero el ácido sulfúrico,
que es la base del vitriolo,
cayó sobre el dependiente
desfigurándole el rostro.



No le habrán quedado ganas
al cazador alevoso
para hacer, con las alondras,
espejuelos de sus ojos.



Y es que hoy los pájaros tiran
á las escopetas, ¡concho !,
y el que va por codornices
¡que se ande con pies de plomo !



Y es que se ha puesto muy malo
ya el oficio de Tenorio,
desde que han aparecido
«las mujeres del vitriolo»...

Carlos Miranda.

LA HORA DEL DIABLO

DE modo que para el Domingo de Resurrección será el casorio, zagales?

—Dios mediante, y en buena hora lo diga, que ya va por largo que el ayuno de amor me va desmedrando, y quiero ver si es verdad que el casorio es vianda tan fuerte como dicen.

Y Martinillo y la Gallarda se alejaron entre las vayas de los bigardos y el guiñar truhanesco de las comadres.

—¡Brava moza se lleva el bellaco!; si él da en envidarla y ella no es zahareña, bien presto veréisle flaco como cerbatana y sin redaños para el trabajo, que es mucha zagalica para un hombre solo.

—Y aun para un tercio. Que no le bastan á ella diez canónigos, ni aun el cabildo en pleno, por más de ser varones lucios y de buen brío.

Faltaban sólo ocho días para las nupcias, y la Gallarda quiso disponer los felices preparativos para la solemnidad. Dióse prisa de despedir á Martinillo, pues quería llegar presto á su casa, y allá se fué en volandas.

—¿No ha pasado aún el pañero, madre?

—Aun no pasó, Gallarda. Mas debe de estar á punto, que en el mesón ya esperan al ordinario de Segovia, y dicen que él viene en su compañía.

Subió la moza á su cuarto. De un cajón de una vieja cómoda de caoba sacó una alcancía y de ella trescientos reales en plata, que eran el producto de muchos meses de ahorro y lo dispuesto para mercar el paño del traje que adornaría su gentileza en día tan señalado.

Erase la Gallarda la moza más opulenta y de gracias más pecadoras con que jamás pudo soñar el Cabrío para condenación de las almas. Matrona por la anchura de las caderas

armoniosas y por los senos magníficos, tembladores bajo el corpiño, y que se abatían á su gran peso como dos frutos pomposos, rebosando del justillo; la boca, húmeda y gruesa; los ojos, muy febriles, con hondos cercos ardientes, y la garganta, ambarina y redonda, con el incitante collar venusino, y toda ella envuelta en intensa fragancia de poderosa

MARIDO CAZADOR



—No te fatigues mucho, Melanio, que ya sabes que no estás para conejos.

sensualidad. La fuerte virgen campesina, según las lenguas de hacha del villorrio, era la pecadora razón de que los mozos que la cortejaron anduvieran mohínos, con amarilla faz de desenterrados, por simularse por sí mismos las halagadoras dulzuras que la virtud de la hembra era avara en conceder. Tal era la pujante soberanía carnal de la Gallarda, que ayudaba á las Parcas, amustiándose con

tan livianos juegos el lozano mocerío de aquellos contornos.

De súbito se oyó la voz gangueante de la madre, que trenzaba calceta junto al ancho portón.

—¡Gallarda, hija mía, que ya viene el pañero por el camino real!

—Dígale que suba, la mi madre, que estoy en ascuas por tocar con mi mano las donosuras que traiga.

Era el pañero un hombre recio, alto, bien



—No, no quiero, rico, que tienes el hociquito muy frío.

plantado y un algo jaque. Iba totalmente rasurado, con calzón corto y chaquetilla de pana negra y ancho sombrero de castor.

La moza le recibió en palmitas. El mercader iba sacando y mostrándole las más vistosas piezas de paño que traía, sin dar gusto del todo á la Gallarda. Ella las tocaba y examinaba todas con ese deleite femenino por los atavíos y las bagatelas.

—Mira, Gallarda, que esto es de lo fino y estotro de lo más acabado y más señor que salió de las tiendas de Segovia.

Pero el marchante, más que del buen negocio, curábase de ver cómo al inclinarse la zagala sobre las preseas, podía divisar entre el escote las dos pomposas rosas de los senos, é iba encendiéndosele el rostro por ser la moza bocado digno de un papa y estar él muy ayuno de regodeos en su vivir trashumante y sin compañía placentera.

—¿Y tienes buenos presentes para la boda, muchacha?

—No ha faltado voluntad. Mire esta pulsera y estos zarcillos: me los mercó ayer tarde mi madrina.

—¿Y ese crucifijo de coral que llevas al cuello?—Y mientras asía la crucecilla, su mano ruda iba posándose sobre la pompa de los senos temblorosos.—¡Ah, y es de lo fino!, ¡es de lo fino!—y seguía en su examen hipócrita y el acariciar discreto.

—Déjelo, amigo, déjelo, que es pecado manosear tanto las cosas de religión—replicó la moza, algo corrida, al percatarse de la añagaza.

Al cabo, entre las piezas que traía el buhnero hubo una que logró cautivar la atención de la Gallarda.

—¡Oh, esta sí que es linda! Esta es con la que me quedo, buen hombre.

—Bien ha escogido la zagala, que es de la seda más fina, con los rameados de realce, y con sólo seiscientos reales puedes haber el corte de vestido y aun sobrará lienzo.

—¡Seiscientos reales!—clamó mohína la zagala, llevándose á los ojos el pañuelo—. ¡Y yo no tengo arriba de trescientos en la hucha! ¡Mal haya la pobreza! Llévsele, buen amigo, que el no poder poseerla me parte el alma!

—Pues si tanto le gusta á la caprichosa este mi paño, no te aflija el no tener dineros, que prendas tienes tú de gran valía con que poder pagarme.

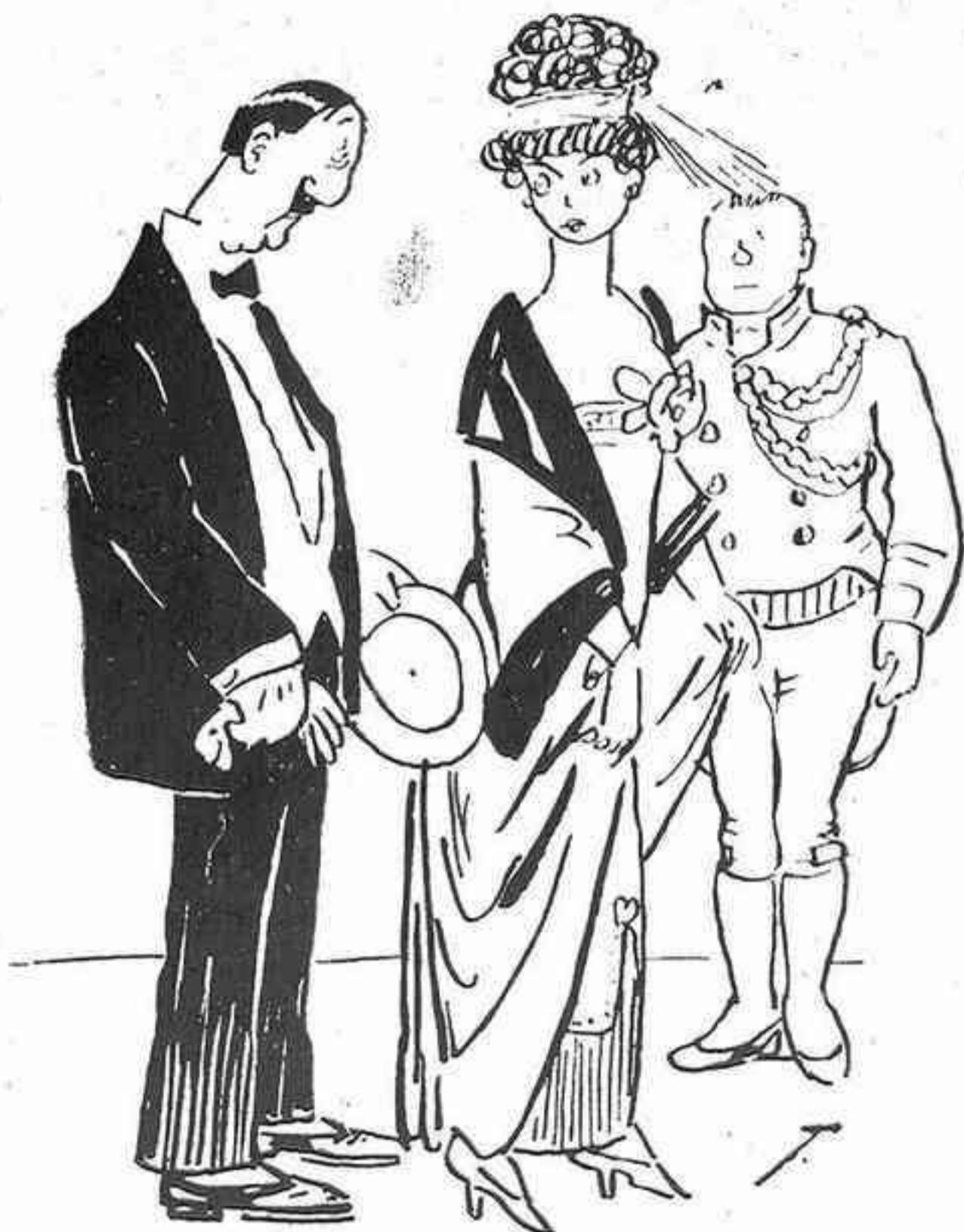
Comprendió la Gallarda la intención, y quiso hacerse fuerte contra la voz del diablo, que elogiaba en su alma lo bien que aquella tela había de caer sobre su persona, y las envidias que su riqueza habría de causar.

—Déjese de eso, amigo, que he de ir al matrimonio como mi madre me parió.

Pero la conturbaba la voz del pañero, que decía:

—Mira que es de la más fina seda y de lo más pulido y más señor que salió de las fábricas de Segovia.

Era la hora del mediodía, perezosa y ardiente. El pañero le asió del talle y acarició con tacto tembloroso las caderas potentes; mas luego hubieron de saltar los broches del corpiño, y surgieron los senos victoriosos como dos globos de marfil y seda, de una



—Mira, mira: han puesto suizos en el vestíbulo.

—Eso me place, porque es señal de que arriba tendrán, por lo menos, chocolate.

carnación blanca y suntuosa que alucinaba.

Los labios varoniles florecieron en besos como ascuas, de uno á otro, de uno á otro; mientras la acariciaba se desvanecía en el éxtasis de una dolorosa é inefable revelación.

—Deje, deje, que Martinillo vería que alguien cortó la primera rosa de su rosal y se dolería del fraude.

Pero la mano varonil, audaz y sabedora, fué como el cisne del mito entre las frondas venusinas de Leda.

—Maravilla será ver lo donosamente que caerá sobre tu cuerpo un traje que envidiara la misma emperatriz.

Era ese cuarto de hora en que el alma de la mujer deja un postigo abierto al diablo. La Gallarda se sintió briosamente poseída; sus labios, sus ojos palpitaban bajo los besos de furia del pañero; se sintió penetrada dulcemente; corrieron generosas las fuentes inmortales de la vida, y las primeras rosas del rosal se desangraron en aquel punto supremo de dichosa transfiguración.

—Ya verás, Gallarda, mi reina, qué hermosa vas á estar con el traje de boda.

✕

Cantaban las campanas del Domingo de Resurrección. A lo lejos se perdía el cortejo de la boda.

—Buen traje le ha mercado á la Gallarda su deudo, el pañero segoviano. ¡Ese sí que es un regalo de boda!

—Bien puede estarle obligado Martinillo.

—No haría más un padre por un hijo. El pañero nos lo dijo todo anteanoche en la posada de abajo.

—Pues no es muy hidalgo llevar así en lenguas las flaquezas de una dama.

—¡Qué quieres, amigo! Ya sabes que hacerlo y no decirlo, es quedarse á media miel. Es lo más sabroso.

Emilio Carrére.



—¿Sabes que la señora del tercero ha dado á luz dos niños?

—¡Naturalmente! ¡No ves que tiene dos maridos!

OBSERVACIONES DE «UN PEQUEÑO REPÓRTER»

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

¡VIVA EL DIVAN!

AUNQUE otra cosa pueda suponer alguna lectora maliciosa, yo soy casto como un capullo de azahar y dulce como un cuarto de kilo de turrón de Jijona. Mi poquedad es tan grande que cuando en días de lluvia veo una pantorrilla bien torneada, bajo la vista, no con miras pecaminosas, sino turbado, como un seminarista sencillo.

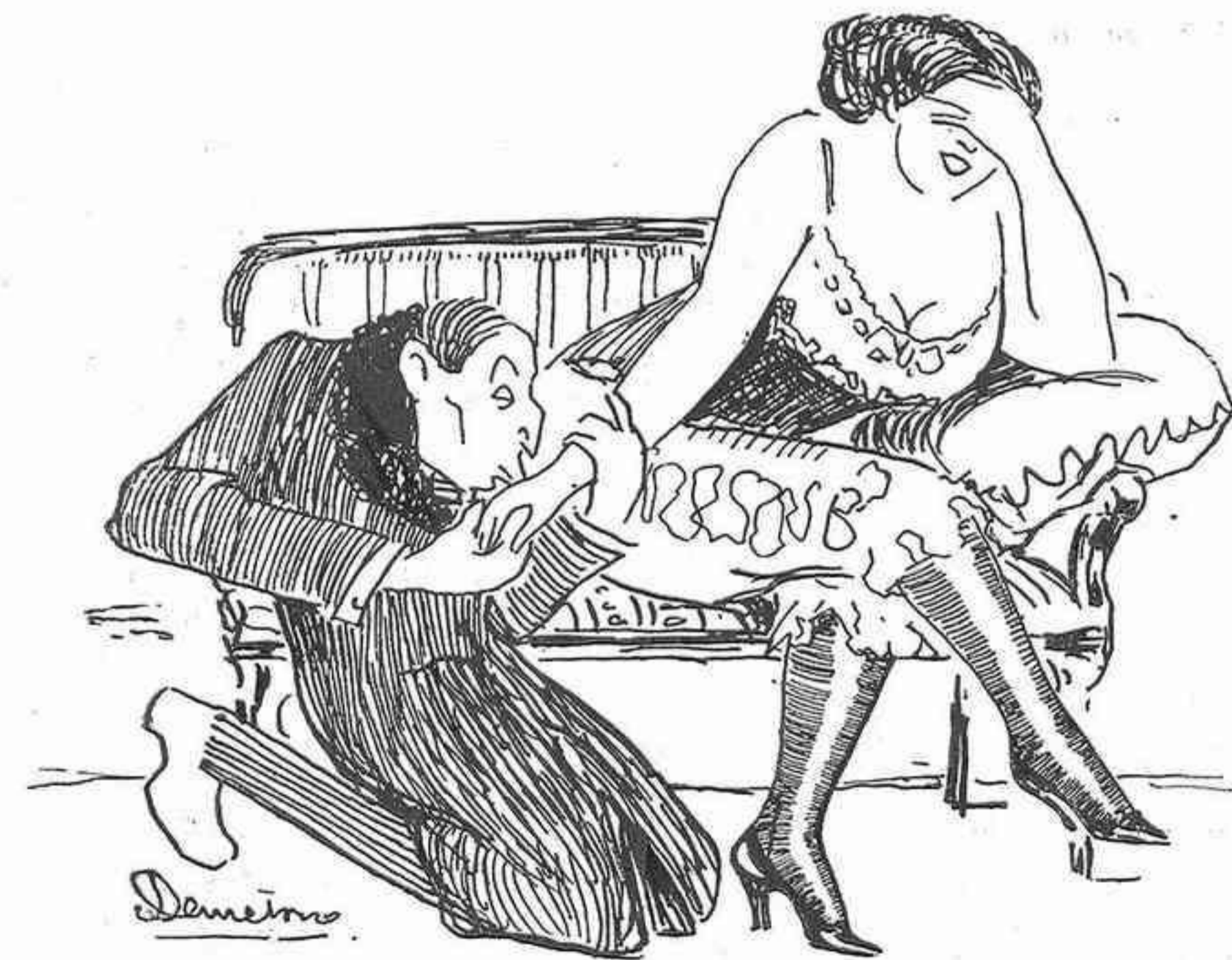
Cuando voy por la calle y me cruzo con una señora truculenta de esas que van pi-

verla güena. Si me gustan metiditas en carne, no es por ninguna causa liviana, sino porque, amante de la plasticidad en el Arte, me agrada que estén bien de liviano; y de ahí que mi pintor predilecto sea el gran flamenco Rubens, porque pintaba unas matronas muy flamencotas, completamente "rubensianas", ó sea robustas del todo.

Hecha esta autobiografía, absolutamente sincera, no extrañarán ustedes declare que hacía mucho tiempo que no había estado en ciertos *restaurants* de la Bombilla, donde, según viperinas lenguas aseguran, hay—¿cómo lo diré que no me ruborice?—cuartitos para jugar al tute. Yo, siempre que he estado en ellos, no ha sido para jugar, sino para poder contemplar desde sus ventanas la prodigalidad exuberante de la madre Naturaleza. Porque es aquel un sitio muy pintoresco: el cristalino río Manzanares, la poética Florida, la nevada sierra, los conejos de la Casa de Campo... ¡Se admira allí cada monte en toda su espléndida y salvaje hermosura!... ¡Se ve cada conejo!...

Pues vamos al caso. Con eso de la sequía que nos amenazaba, me habían asegurado que nuestro famoso río venía casi seco, y quise comprobarlo desde uno de aquellos simpáticos departamentos, verdaderos observatorios de las bellezas de la madre Naturaleza, como he dicho anteriormente, y estuve la otra tarde dispuesto, una vez más, á gozar de sus encantos.

Mi asombro fué enorme cuando vi que de los cuartos había desaparecido un mueble que todos ellos tenían; faltaban los divanes.



Ella.—¡Ay, Juanito, qué caro te puede costar esto!

El (aparte).—Unas doscientas pesetas.

diendo pelea, me entra tal rubor, que no sé qué decirle: me quedo mudo y tengo que dejar que las manos sustituyan á la elocuencia. No quiero decir con esto que me dedico al magreo, sino que *m'agreo* de verle tan hermosa, que es como si dijese: *m'alegro* de



—¿Y ese amor tan intenso, está usted dispuesto á probármelo?

—¿A probárselo? ¡Y á repetir inmediatamente!

Pregunté la causa, y el camarero, todo compungido, me contestó que era una medida general obedeciendo una orden superior.

Yo no me explico, señores, la razón de esta sinrazón, como diría un orador cursi. Eso es, sencillamente, un inicuo atropello al derecho á la vida que tan necesario mueble tiene. Privar á un inocente diván, sea duro, sea mullido, de la transcendental misión que debe realizar en el mundo, que es la de proporcionar descanso á la Humanidad más ó menos fatigada, es una draconiana é insupportable tiranía, propia de los tiempos que corremos.

El diván, hijo legítimo del sofá y nieto en línea directa del canapé, es un artefacto imprescindible para el regular funcionamiento del régimen social. ¿Por qué suprimirle en la Bombilla, cuando vive, feliz é independiente,

en los salones de Conferencias del Congreso y del Senado, en los despachos de los ministros, en los salones de los magnates?... Pero no *divan-guemos* más, y vayamos á proponer algo práctico.

Jóvenes catecúmenos y viejos apóstoles de la religión pagana del dios Diván: Uníos en arrollador ejército de salvación y preguntad á los usurpadores del diván que *don-diván* con su política de destrucción.

Vayamos al mitin, á la manifestación tumultuaria si preciso fuese; á la revolución si llega el caso.

No exclamemos: "¡Arriba el diván!", porque su misión consiste precisamente en estar abajo; pero gritemos como un solo hombre:

¡Viva el diván autónomo!

Y con esto concluyo de *divan-arme* el caletre.

Un pequeño repórter.



—¿Quién es ese que te va á buscar todas las noches al teatro?

—Un buen amigo que es tenedor de libros.

—¡Caramba! ¿Y te vienes todas las noches con el tenedor?

CONFESIONES DE UNA NOVIA

(CUENTO VIEJO)



ELVIRA era lo que se llama una buena muchacha, tan buena como guapa, tan caritativa como enamorada de su Jacinto.

Elvira se bebía á Jacinto á grandes sorbos de sus ojos azules, de azul de zafiro.



El trapero.—¡Pero, mujer, si esa cama es muy vieja!

Ella.—Pues, á pesar de eso, no la vendo, porque ya he pasado muchas fatigas en ella y la tengo cariño.

Era un mirar de los que azaran. Jacinto solía pensar en las largas y substanciosas noches de "novio oficial", en aquel edén de camilla con brasero y con faldas (las simpatiquísimas faldas celestinas de tantos amorosos esparcimientos), solía pensar en lo que había detrás de aquella mirada lánguida, dulce, acariciadora, interrogante. "¿Qué miras?", la so-

lía preguntar. "A ver la cara que vas á poner", contestaba invariablemente la bien amada.

¡La cara que vas á poner! ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué...? Y Jacinto se perdía en un mar de confusiones. Capaz era la muy simple de su novia de tener cándidamente un pensamiento sicalíptico. Por sí ó por no, un día, en que bien por el calorcillo exuberante del brasero, bien por otros calorcillos también exuberantes, Jacinto exclamó: "La cara que voy á poner... mira." Y puso un gesto digno del más agasajado amante de Mesalina.

Llegó la boda. Llegó la noche de boda. Elvira, más rendida, más cándida que nunca, pasó la jornada clavando en su esposo la mirada de la preguntita. Jacinto rumiaba un "ya verás, ya verás la carita que voy á poner y ya veré la que pones tú".

¡Al fin, solos! La alcoba, la cama nueva, la mesa de noche, el vaso de noche, la vela, en fin, todos los atributos que tan admirablemente describiría Trigo ó cualquier otro escritor vermouthe de amorosos deliquios.

El velo que cae, la falda que cae, el corsé que cae... Sin rubores, cándida como siempre, se desnuda Elvira. Un momento la toma sobre sus rodillas Jacinto. Va á darla un beso, y la mirada lánguida, inocente, preguntona le detiene. "A ver la cara que pones... porque mira, Jacinto, ya que eres mi maridito, quiero hacerte una confesión, que en manera alguna te hubiera hecho de novio ó de prometido. A ver la cara que pones..."

"Yo, de chiquilla, cuando tendría apenas quince años, quería mucho á mi primo Basilio. Jugábamos, reíamos, corríamos solos por el monte..."

¡Jacinto iba poniendo una cara!...

"Un día, Basilio... yo no sé, debió ponerse malo un vértigo, una locura; me empujó, cayo sobre mí, mordiéndome y..."

Jacinto, con cara de energúmeno, lanzó



—Señorito... ¿Cómo voy á poder creer que usted se ha enamorado de una criada?

—¡Reconcho! ¡Pero nay que ver lo bien criada que estás!

fuera de sí á la cándida Elvira. Ella le miraba siempre intemperante, ¡á ver la cara que ponía!

Un tirón. La puerta se abre. Tras la puerta está doña Manuela, la madre, siempre cuidadosa de la salud de su hija...

—¿Adonde vas, Jacinto, yerno mío?

—Señora, á... ¡Caracas!

¿Tribulación, sorpresa, recriminaciones...

—¡Pero hija, qué has hecho, qué has dicho!

—Nada, mamá: miraba la cara que ponía, y le contaba lo del primo Basilio, que usted sabe...

—¡Imbécil! ¿A quién se le ocurre...?

—Por verle la cara, y además, era mi marido y nada debía ocultarle.

—Cuando yo me casé con tu padre, me había pasado con todos mis primos lo que á

ti con Basilio, y eran once, y varias veces, y no le miré la cara á tu padre...

Una cabeza, un cuerpo, un hombre que sale de debajo de la cama. Don Manuel, el cabeza de familia, que por reverdecer recuerdos, en tan bajo lugar se encontraba.

Doña Manuela mira atenta y curiosa, cándida y lánguida, á su esposo. Este, tranquilo, alegre, con expresión ufana, sonrío y se dirige á la puerta.

—Pero ¿dónde vas?

—Otro, otro para Caracas.

Víctor Domínguez.

Fior marchita

Del dios del Amor fué ofrenda querida tu carne divina de hermosa mujer; esclava obediente, que dióse vencida al siempre triunfante temido placer.

El tiempo ha pasado, y hoy al descender, olvidada y sola por la triste vida, ni tiene ilusiones tu alma dolorida ni hay en tus venas el fuego de ayer.

W. Lorenzo Cernuda.



—Y te morirás ahí, sentado en el sillón, sin querer salir á la calle. ¡No he visto hombre con la cabeza más dura!

—Pues precisamente porque no la tengo es por lo que me quedo en casa.

UN RASGO DE INGENIO

CUANDO se casó mi amigo Manolo, tenía una querida. Esto no tiene nada de particular, porque es muy raro el Manolo que llega á los pies del altar vestido de negro y acompañando á una señora *azaharada*, que no se deje á la puerta del templo alguna mujer llorosa.

Las hay hasta con niños, que á la salida de los novios dicen por lo bajo al mayorcito:

—Mira: aquel del bigote rubio es tu papá. Llámale.

La *amiga* de Manolo, Consuelillo, la peinadora, no era de esas. Era de las condescendientes, y aceptaba con resignación el turno pacífico de las caricias, porque tenía, sin duda, la convicción de que su amante no la abandonaría después de la boda. Para creer eso había una razón poderosa, y era que Manolo, que no descuidó ningún detalle en los preparativos

de su casamiento, no podía haberse olvidado del principal, del clásico, del legendario: despedirse de la vida de soltero y de su amante con la *francachela* de ritual.

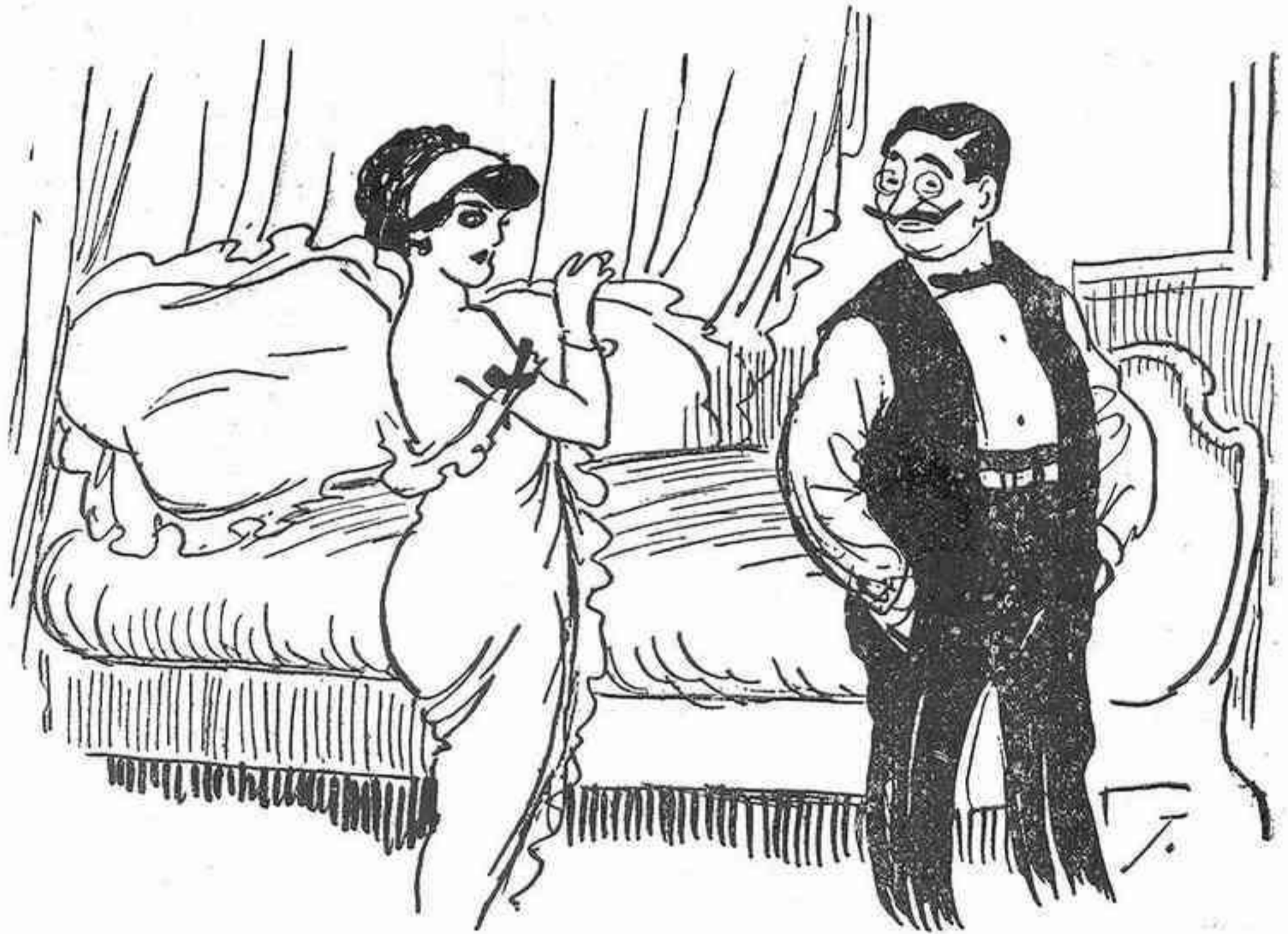
Y así fué. Manolo había pensado en todo, menos en semejante despedida, porque la vida de casado, según él y otros santos varones de la misma opinión, es perfectamente compatible con la de soltero, siempre que se tenga habilidad para sortear los lances que se presenten. Tan convencido estaba de esa teoría, que al mes justo de pronunciar el sacramental *sí quiero*, y al regresar del viaje de

novios, recibió Consuelillo la siguiente esquelita:

“Te espero esta noche donde sabes, á las ocho en punto. No faltes.—*Manolo.*”

Consuelo, muy repeinada y con su mantoncito de crespón, acudió á la cita, ¿cómo

EL MÉTODO OLENDORFF



—¿Te parece que me ponga la camisa rosa?

—Póntela si te parece: yo voy á tomar bicarbonato.

no?, y en un gabinete del *restaurant* más popular de Madrid escuchó de labios de Manolo las mismas frases cariñosas de siempre y la seguridad de que si se había casado con Matilde era únicamente por mejorar de posición.

—Ya verás—la decía mi amigo—. Matilde es una infeliz; tiene mucho dinero, y manejado por mí, vas á estar que ni una reina.

Y entre lonchitas de jamón y chatitos de Montilla, los dejaremos á solas un rato, porque hay ocasiones en que los testigos estorban, y ésta es una de ellas.



Tenía razón Manolo. Matilde es una infeliz, en el sentido más bondadoso del vocablo. Huérfana desde su niñez, de carácter tímido y candoroso, como educada en un convento de monjas, y dueña de un envidiable capital, sería lo que se dice una ganga si no tuviera un defecto. El defecto que tienen casi todas las novias huérfanas. Una tía Nicolasa que no podía ver á Manolo ni en pintura. Contra la voluntad de su tía se casó Matilde, enamorada de mi amigo, y no hay que decir que los augurios de la fatídica vieja fueron terribles. Matilde sería muy desgraciada. Chismosa como todas las beatas y envidiosa como solterona vieja, aguardaba impaciente una ocasión en que Manolo se descuidara para darle á Matilde el primer disgusto, amargando con él la luna de miel de los recién casados.

Y mire usted por dónde hizo el demonio que la ocasión se presentara antes de lo que ella esperase.

Daban las nueve en el reloj del *restaurant* cuando Manolo y Consuelo salieron á la calle. No habían andado veinte pasos cuando de pronto mi amigo se detuvo, y empujando rápidamente á Consuelo hacia un portal abierto, exclamó:

—¡Métete ahí, y no vuelvas la cabeza!

Consuelo obedeció aturdida, sin saber lo que ocurría; Manolo, haciéndose el distraído, fingía contemplar los objetos de un escaparate próximo, y la tía Nicolasa, con su sonrisa sarcástica, cruzaba por la otra acera, bien convencida de que Manolo iba acompañando á una mujer de mantón que, por lo rápido de la maniobra, no pudo ver su cara.

—¡Buena la hemos hecho!—dijo Manolo cuando se alejó la tía Nicolasa.

—¿Pero qué te ha ocurrido?

—Que nos ha visto esa maldita vieja, tía de Matilde, y como es más mala que el demonio, mañana irá con el cuento á mi mujer y tendremos el primer escándalo.

—Chico, siento que por mí...

—¡No te apures! Yo sabré arreglarlo si ando listo.

—Pues mira, no te detengas...

Despidiéronse los dos amantes, no sin darse antes nueva cita para saber en qué había parado aquello, y tomando mi amigo un coche á los pocos minutos entraba en su casa.



Matilde, la enamorada Matilde, le aguardaba con impaciencia.

—¿Cómo es que has tardado tanto?

—Los negocios, hija... La Bolsa. He teni-

do que ver á mi agente, y no estaba en su casa. ¡Lo que yo he corrido!

—¿Y vendrás cansado?

—¡Figúrate!

—¿Y sin ganas de cenar?

—¡Ninguna! No me hables de cenar.

—¡Pobrecito mío! No sé por qué trabajas tanto, cuando no lo necesitas...

Y después de una pequeña pausa dijo á Manolo:

—¿Sabes lo que tomaría ahora? Unas lonchitas de jamón, unos langostinos, una copi-



—Nada, chica, que se afloja.

—Eso ya lo había yo notado.

ta de Montilla; algo así que, sin ser cena... ¿Me entiendes?... En casa de X... tienen unos mariscos fresquísimos: los acabo de ver.

—Pues nada más fácil. Ahora mismo irá Ramón y...

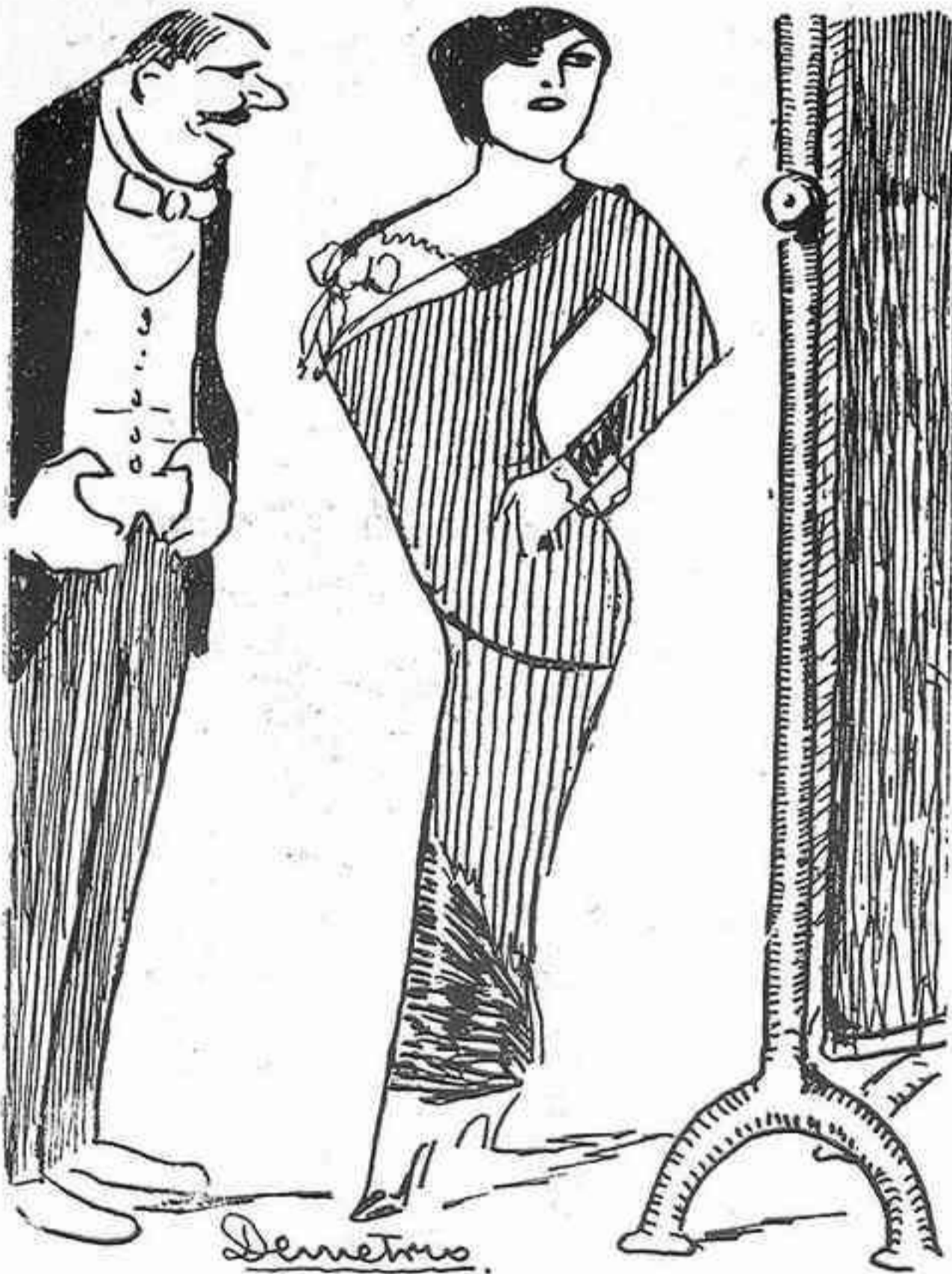
—No; lo que me gustaría es comerlos allí; pero no quiero dejarte sola...

Y como al que se le ocurre una idea repentinamente, añadió:

—¿Sabes lo que estoy pensando? Que podíamos ir los dos, y en un gabinete y al lado de mi mujercita... ¿Qué te parece?

—Siendo deseo tuyo, ¿qué me ha de parecer?

- ¡Pues andando! — dijo poniéndose en pie—. Las cosas así, en caliente.
 —Verás que pronto me visto.
 —¡Cómo! ¿Pero vas á ponerte sombrero?
 —Claro está.
 —No, hijita; á esos *restaurants* se va sin



—¡Qué rabia! Me ha estropeado la levita. ¡Si por algo ese sastre no me entraba por el ojo!

nada en la cabeza, y si fueras con un mantoncito de crespón, mejor.

—¿Yo de mantón? ¡Qué cosas tienes, Manolo!

—Esa es la costumbre. Además, iremos en coche; nadie te ha de ver.

—Pero es que yo no tengo mantón...

—¡Bah! La doncella te lo dejará. Pídeselo Matilde.

—¡Qué caprichoso eres!

—Y tú qué complaciente. En algo se ha de conocer que somos recién casados...

La infeliz Matilde picó el anzuelo, y á los quince minutos, en el mismo gabinete del mismo *restaurant*, se reproducía la escena de

Manolo y Consuelillo con todos sus detalles, á excepción de los postres.

Terminada la cena, salieron á la calle, y al pasar por el mismo sitio donde una hora antes tuvo lugar el malhadado encuentro se detuvo Manolo, y empujando rápidamente á Matilde hacia el mismo portal, que continuaba abierto, exclamó;

—¡Métete ahí, y no vuelvas la cabeza!...

Matilde, como antes Consuelo, obedeció aturdida sin saber lo que ocurría, hasta que repuesta de la sorpresa preguntó:

—¿Pero qué te ha ocurrido?

—Que ha pasado por la otra acera tu tía Nicolasa, y no quería que te viera.

—¡Pobre tía! — dijo riéndose Matilde—. ¿Cómo se ha de figurar que soy yo?...

Y Manolo, satisfecho de su triunfo, respondió:

—¡Imposible! ¡Figúrate lo que sospechará de mí! Dirá que soy un libertino...



El final de este verídico episodio lo adivinan ya mis lectores.

A la mañana siguiente, antes de servirse el desayuno, ya estaba en casa de su sobrina la antipática tía Nicolasa, dispuesta á sembrar cizaña y á destruir en un momento la felicidad del matrimonio.

—¿No te lo decía yo? — comenzó diciendo la vieja—. Tu marido es un infame, un perdido, un desalmado...

—¿Por qué dice usted eso, tía?

—Porque anoche, cuando menos lo esperaba, le sorprendí en plena calle de Peligros acompañando á una mujerzuela...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Te ríes? A una mujerzuela, sí. No pude ver su cara, porque el granuja de tu marido la hizo esconderse en un portal...

—Ja! ¡ja! ¡ja!

—Pero vi que llevaba mantón... ¡Figúrate quién podría ser!...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Te hace gracia? Pues bien: por las tazas salían de cenar juntos en un *restaurant*, y no quiero decirte lo que habría pasado allí!

—¡Ni hace falta que me lo diga! — dijo la infeliz Matilde—. ¡Lo sé todo! Esto le enseñará que no se debe juzgar por las apariencias. ¡La mujerzuela del mantón que acompañaba Manolo... era yo!

La tía Nicolasa, al oír esto, cayó al suelo desvanecida por un síncope..., y creo que aun no ha salido de su *apoteosis*...

Fiacro Yráyzo.

... Y POR ACCIDENTE

NUESTRO viejo amigo D. César Ortega, ciudadano muy campechanote y muy simpático, que fué en los pasados tiempos de la República regente de un Gobierno de cierta provincia castellana, y tan presente tiene el suceso, que á cada momento le relata, casó aun hace pocos días con una señora de Soria, acreedora por todos conceptos á los obsequios, caricias y..., etcétera, que toda mujer joven y bonita merece y espera, recién atravesado el puente que conduce de la soltería al matrimonio.

D. César no ignoraba, seguramente, estos merecimientos de su consorte, y tampoco olvidaba que, pasados varios días, no había hecho nada para atenderlos; pero es que el hombre rodó mucho en tiempos ya pretéritos por el mundo de los placeres venusinos, y sus ojos parecen hinchados por el cansancio de las noches pasadas sin dormir, y sus miembros todos se resisten á la más mínima agitación. Hace dos ó tres noches, D. César resuelto á salir de su mutismo, realmente

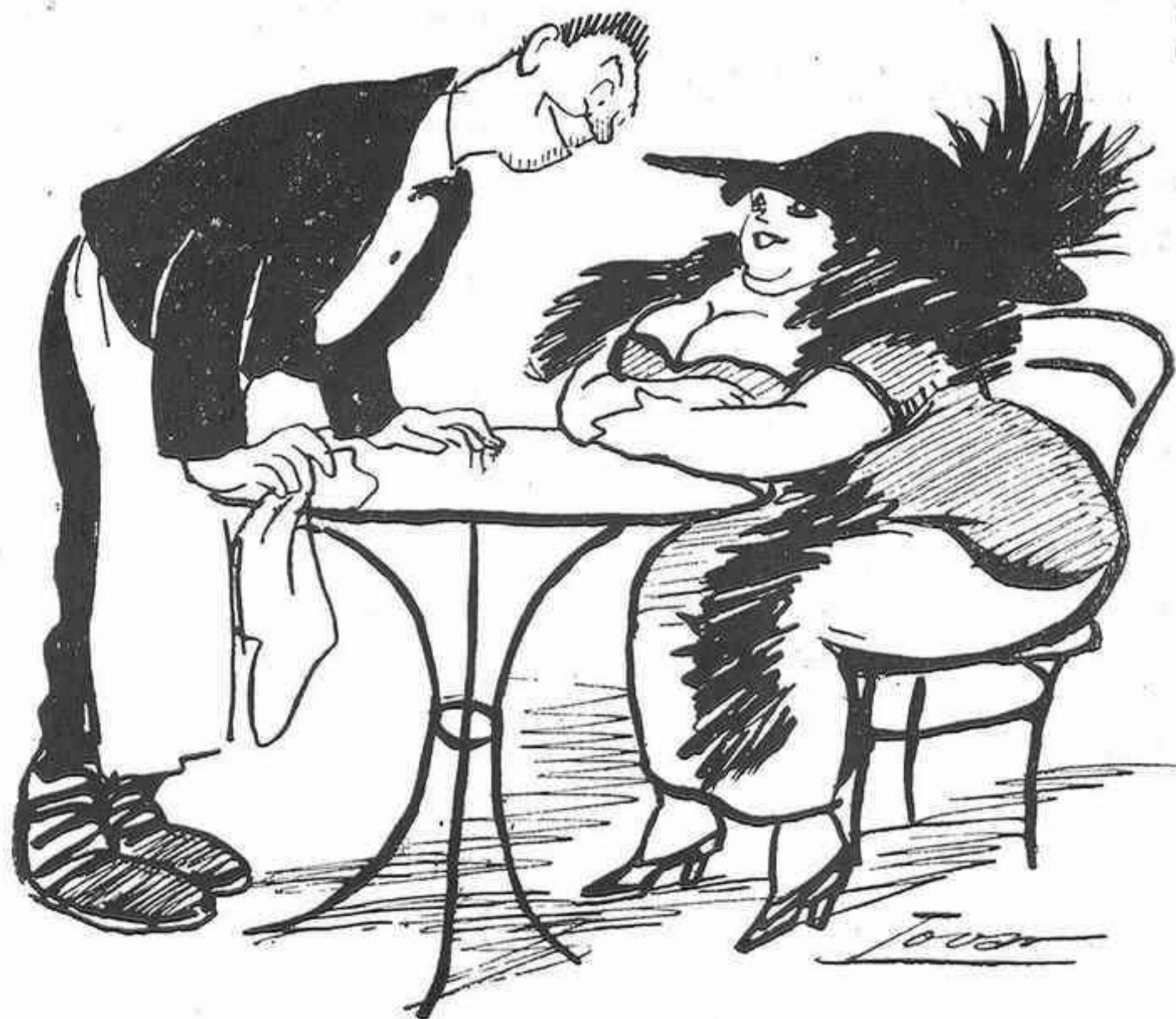
vergonzoso para quien, ayudado por un bisoñé muy perfecto y una composición que oculta las canas en su pelo, parece conservarse bien, decidió "quemar el último cartucho".

Como un menor de edad, inventó un pretexto fútil para salir aquella noche sin su mujercita: un amigo, á quien en los tiempos de su mando ayudó él en unas elecciones, recién regresado del extranjero, le invitaba á comer y no podía faltar.

La esposa, pura y casta, no replicó, y se

marchó á la cama para leer el *Heraldo*. Desde su matrimonio, en su lecho no disfrutaba otras emociones que las que brindaba *El Duende de la Colegiata*...

Entretanto, D. César, firme en su propósito de tornar aquella noche al hogar común, después de haber vivido la leyenda de Fausto, comió en la Viña P una cena en la que



—¿Tiene usted criadillas?

—Un porción, señorita; un porción.

no escasearon los mariscos ni las salsas picantes; estuvo en Eslava contemplando desde la primera fila de butacas á Julita Fons, y, á última hora, pidió á Dionisio de las Heras que le presentase á algunas flamencas de las que actúan en el Salón Madrid...

Realmente, cuando D. César Ortega volvía á su domicilio, ya pasadas las dos de la madrugada, estaba remozado. Sus piernas rígidas le llevaban con una marcial desenvoltura; los recuerdos de lo contemplado, y aun la conversión sostenida con las amigas

de Dionisio, le producían cierta sobreexcitación...



D. César llegó á su dormitorio salvando los peldaños de tres en tres, y penetró en su casa rápidamente, abriendo la puerta con el llavín que llevaba consigo. Sin encender luz cruzó el recibimiento, el salón, el cuartito del piano... Al cruzar el gabinete, uno de sus brazos extendidos tropezó con un jarrón de Sevres, encanto y admiración de su mujer, el cual quedó hecho añicos.

D. César, contrariado ante la perspectiva del disgusto que recibiría su mujercita al día siguiente cuando se enterase, se fué á acostar, olvidándose de cuanto le había ocurrido aquella noche fuera de su casa y pensando en lo que había roto.

Y cuando, puestos el gorro y la camisa de

dormir, cayó en la cama pesadamente, musitó como recriminándose:

—¡Ya es lo único... que puedo hacer!

Jacinto Carmin.



EPIGRAMA

Al subir el otro día
en un coche de alquiler,
le dijo Paco al cochero:

—Ese caballo no es
de los que van más de prisa.

—¡Si no puede tirar bien!

Y le replicó el muy bruto:

—¿Que no tira?... Más que usted

F. Jiménez Rojas.



IVONNE DE FLEURIEL

Lindísima é inquietante canzonetista italiana, creadora de *La reina del cortijo* y gran atracción de Rómea.

LOS AHORROS DE NICETO PÉREZ

Para el doctor Ortiz de Pinedo.

DESDE mi amigo Moriones, el empresario del Trianon Palace á la portera de la casa número 98 de la calle de Toledo, á más de mil personas he oído yo predicar en este bajo mundo contra el derroche en sus varias manifestaciones, todas ellas á cual más diabólicas y condenables. El derroche es un pecado capital que conduce á toda clase de amarguras. El rico se empobrece, y el pobre se envilece; la mujer se prostituye; el niño adquiere enseñanzas que han de ser perniciosas en su pubertad... El derroche, finalmente, perdió á una infinidad de gente, que si en lugar de derrochar hubiesen ahorrado, no se habrían perdido (1).

Pero, ¡ay!, á lo mejor se ahorra, y de pronto, por cualquier motivo inesperado, se van los ahorros.



A propósito de estas disquisiciones, les voy á referir á ustedes lo sucedido á Niceto Pé-

(1) Frase esta última de Gedeón ó del citado empresario. No lo sé ciertamente.

rez García, un honesto muchacho amigo mío.

Niceto se quedó sin padres á los diez y siete años, la edad de la inocencia y del amor, y gracias á los buenos oficios de un tío suyo, que á pesar de vivir en Alcalá era un perfecto tío, consiguió entrar en el Tribunal de Cuentas, ni mas ni menos que mi amigo Emilio Carrère, y pegarse á un pupitre como el muérdago á la encina.



La señora.—¿Pero será posible que entre las dos no sepan hacer una tortilla?

Niceto era lo que llaman las madres "un hombre de bien". No fumaba, no bebía, no... A lo más que llegaba era á tomar café después de comer algún domingo.

De pasiones carnales, no hay que hablar. Niceto era en esto un modelo de economía.

Ni una mirada lasciva, ni un pensamiento tentador, ni un ensueño voluptuoso... Su virginidad hubiera podido compararse con la del famoso doctor Lombarda, brusco paladín de la honestidad.

Pero he aquí que viviendo tan "ahorrativamente", el buen Niceto faltó un día á sus convicciones económicas, jugando unas pesetas á la Lotería, y la caprichosa Fortuna tu-

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

EL SABOR DE LA SANGRE

por **JOSÉ FRANCÉS.**

20 CENTIMOS

vo con él la broma de concederle un premio de siete ú ocho mil pesetas.

La sorpresa dejó frío al pobre Niceto, que cuando se repuso se volvió loco estudiando el modo de obsequiarse á sí mismo sin que su salud se resintiese ni sus pesetas sufrieran grave disminución.

Al fin, tras de mucho pensar, decidió pedir quince días de licencia y marcharse á pasarlos á Valladolid, que no conocía y era la tierra de sus padres, de Santiago Alba, de Zorrilla y de mi amigo Luis Salado.



Mas, ¡oh vergüenza de un joven pudoroso!, en la fonda en que Niceto Pérez García se hospedaba en Valladolid estaba también una muchacha de Medina, guapa ella, de quien Niceto se prendó y á la que comenzó á "echar ojos", convencido de que el señor Navarro Rerverter no ha caído todavía en la cuenta de que los amantes debieran pagar contribución y se enriquecería con ello prontamente el "Erario público".

La favorecida, la agraciada Manolita, que tiempos atrás había sido novia de César Jalón, un chico muy agradable y muy travieso, dedicado actualmente á las cupletistas, era lo que se dice "una maestra en trances amorosos". Sabía mover los ojos, y los labios. y la cabeza; sabía moverlo todo... y claro está que cuando se dió cuenta del efecto que su persona causaba en Niceto, extremó su refinada coquetería y le puso en trance de confiarle todos sus ahorros...



Eran las dos de la madrugada. Niceto salió

á tientas de su habitación, y se dirigió á la de Manolita, que le esperaba medio desnuda; es decir, vestida vaporosamente sólo de cintura para abajo, y, por consiguiente, tentadora. Pérez García sintió que se le desbocaba el deseo, y no tuvo tiempo de entregarse á escarceos preliminares. Arrojóse sobre la dama, y ahogó con un beso sabroso la protesta de su honestidad ofendida.

De pronto, se oyeron pasos en el corredor, y Manolita se irguió sobresaltada.

—¡Ay, dueño mío!—le dijo á Niceto—. No puedo engañarte; un hombre me persigue, y como yo no quiero saciar su deseo me matará si me coge. Déjame ocultarme.

Y, así diciendo, corrió al cuarto de Pérez García, donde, echando la llave, se encerró con él.

.....
A la tarde siguiente, horas después de que Manolita dejase á Niceto, éste fué á acariciar sus siete ú ocho mil pesetas inolvidables.

Pero, ¡oh, dolor!;, ya no estaban allí. Se las había llevado Manolita, marchando luego de la fonda sin dejar rastro.

El pobre Niceto Pérez García estuvo á punto de volverse loco; todos sus ahorros se le habían ido en una noche: su dinero... y su honestidad.

Clemente de Castro.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

IMP. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

